Ilmo. Señor, Señores:

DESDE que oí en mi cátedra las primeras lecciones de Filosofía Escolástica, me formé un alto concepto de la gravedad de esa disciplina que ha contado entre sus profesores un sin número de eminencias, y cuyo merecido prestigio ha pasado justamente al través de tantos siglos: despertándose al mismo tiempo en mi alma una afición muy particular por sus doctrinas. Este afecto se acentuaba cada vez más, al par que una profunda persuación de la excelencia de ese sistema de conocimientos tan sublime y compacto, que lleva el nombre de Filosofía Escolástica, á proporción que con ánimo mas reposado me dedicaba sucesivamente al estudio de las varias cuestiones de tan vasta ciencia. Sin dificultad pude convencerme, de que la opinión que hasta entonces había formado de ella, nada tenía de exagerado ni de ilusorio, cuando leí en la obra titulada «Lecciones de Filosofía Escolástica,» escrita por un gran sábio de nuestros dias, el P. Juan M. Cornoldi, las siguientes palabras: «lo que todo hombre de talento debe buscar, tratándose de Filosofía, es, exclusivamente, si ésta es falsa ó verdadera. Ahora bien; si estose busca, se encontrará, que la Filosofía Escolástica, no solamente es verdadera, sino que tiene en sí un indicio precioso de verdad en haber permanecido la única, aun cuando los profanos la hayan arrojado del mundo científico, y traten de criar otra y otras, no alcanzando jamás á constituir un cuerpo de doctrinas especulativas, completo, lleno, seguro y universalmente profesado por los doctos en sus principales fundamentos. Puede afirmarse con toda exactitud, que en

el mundo científico moderno, no existe una filosofía antiescolástica, sino extraescolástica.» (1)

Mas en contraposición de un elogio tan brillante, oigamos estas terribles palabras que ha pronunciado un famoso positivista, Mr. Littré, (2) «El espíritu positivo ha cerrado sucesivamente todas las puertas al teológico y metafísico, descubriendo las condiciones de la existencia de todos los fenómenos accesibles y la imposibilidad de alcanzar nada mas allá.» Estas palabras son funestamente sentenciosas, pues que contienen nada ménos que la sentencia de muerte de la Flosofía Escolástica, que ha recibido los apodos de filosofía de iglesia, de sacristía, y cuya metafísica ha sido tenida por ridìcula, como creación de sutiles soñadores.

No hay remedio, según los positivistas, ha llegado ya la época en que la Metafísica debía morir para siempre, cediendo su puesto de honor al positivismo, cuya existencia vigorosa es incompatible con la del vano escolasticismo. Es doctrina de Compte, que (3) «cada uno de nuestros conceptos principales..... pasa por tres estados teóricos diferentes: el teológico ó ficticio, el metafísico ó abstracto, el científico ó positivo.»

De aquí nacen tres clases de sistemas generales de filosofía que mutuamente se excluyen: (4) «la primera es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo ó definitivo; la segunda está destinada únicamente á servir de transición.» Según el sentir de los filósofos positivistas, la Metafísica debía perecer para que naciera el Positivismo, que sonrie hoy en su primavera, siendo la filosofía de la actualidad, y vivirá en una primavera eterna porque será la eterna filosofía del porvenir. (5) «La humanidad, dice

(1) Introducción de la primera y segunda edición.
(2) Conservation, p. 61.
(3) Cours de phil. posit. t. I, p. 8.
(4) Ibid.
(5) Cours de phil. posit. 45, l. 6.

Littré, ha sido regida en su niñez y en su juventud, por las leyes de la trascendencia. Lo será en su maduréz por las de la inmanencia.»

Ahora bien, Augusto Compte, padre de los positivistas franceses, admite, según el testimonio de Heriberto Spencer, que el sistema filosófico llamado en Inglaterra «Filosofía natural,» y el que en Francia lleva el nombre de «Filosofía positiva,» se componen de conocimientos esencialmente idénticos. Y el mismo Spencer dice «que la filosofía positivista no es mas que el desarrollo de la filosofía natural.» (1) No es pues extraño que la filosofía de Spencer haya adquirido tanto prestigio en nuestros dias, haciéndose tan popular en las escuelas modernas filosóficas.

Y si preguntamos ¿qué filosofía es esa, que pretende tener derecho á reinar en el mundo de las inteligencias? Spencer nos contestará con esta fórmula pomposa: (2) «La filosofía es el saber completamente unificado.» En verdad que esta brevísima definición tal como suena no es nada sospechosa; por el contrario, parece darnos una grandiosa idea de la ciencia filosófica. ¿Habrán pues de ser injustos los calificativos de materialista, panteista y ateista, dados á la filosofía spenceriana? ¿Serán otra cosa que una ciega preocupación, sugerida por la afición tenáz al escolasticismo? ¿Será una temeridad el desconfiar de las protestas que nace el autor en el último capítulo de los Primeros principios? Procuremos cerciorarnos de todo esto, examinando la definición de la filosofía dada por Spencer, tomando, para interpretarla, las doctrinas que el autor ha esparcido en la obra citada.

Si después de tal examen, esta filosofía se nos presenta con los caracteres de la verdadera, habremos de adherirnos forzosamente á ella; porque así nos lo exije

(1) Primeros principios, parte 2ª cap. I. traducción de José Andrés Irueste.

imperiosamente la verdad. Y siendo cierto que la filosofía escolástica cuenta con tantos y tan poderosos títulos para ser tenida como la verdadera, tendremos el placer de verlas unirse estrechamente, profesando en el fondo los mismos principios, pues estamos convencidos que lo verdadero no se opone á lo verdadero. Mas si después del examen de la crítica, no reconocemos en dicha filosofía, los caracteres de la verdad, únicos títulos que la harian acreedora á la sumisión de nuestro entendimiento, la habremos de rechazar, porque el error descubierto no tiene atractivo ninguno.

Os suplico, pues, Señores, que os sirvais prestar atención á las reflexiones que haré en seguida sobre la naturaleza de la filosofía spenceriana, fijándome particularmente en su definición, y exponiendo ésta según las doctrinas del autor en su obra mencionada: «Los primeros principios.»

I.

Al lado de la definición de la Filosofía, y para hacerla comprender mejor, da Spencer la definición de ciencia, así como tambien la definición del conocimiento vulgar. «*El conocimiento vulgar*, dice, *es el saber no unificado; la ciencia es el saber parcialmente unificado; la Filosofía es el saber completamente unificado.* (1)

No sólo el examen comparativo de estas tres definiciones, sino tambien las consideraciones que hace su autor antes de formularlas, nos enseñan á formarnos una idea de la excelencia de los conceptos filosóficos con relación á cualesquiera otros. El Sr. Spencer trata de distinguir con gran cuidado la Filosofía, de las ciencias, dando simplemente el nombre de tales á aquellos conocimientos, que por la limitación de su esfera, deben colocarse en un grado inferior á la Filosofía. Ocupando ésta un

(1) Pág. 114, lín. 34.

lugar tan eminente sobre las ciencias, que se emplean ya en la noble tarea de unificar el pensamiento, mucho más se eleva sobre el conocimiento vulgar, que de suyo se encuentra colocado en un puesto más humilde aún, respecto de las ciencias mismas.

El conocimiento vulgar es sin duda el mas concreto é imperfecto, que ocupa el último grado en la escala del saber humano; el conocimiento filosófico, por el contrario, está situado en la cumbre de esa escala; pues es el resultado de las últimas abstracciones y generalizaciones intelectuales: es el conocimiento mas universal, así por la amplitud de su objeto, como por la manera de tocarlo. «Lo que queda como elemento común de los diversos conceptos de la Filosofía, una vez eliminados los elementos desacordes, es: *conocimiento del mayor grado de generalidad*,» ha dicho Spencer. (1) La consideración de las verdades más elevadas, de las leyes más universales, que dan materia para la completa unificación del saber, es atribución de la Filosofía, cuyos conceptos deben estar dotados de la mas alta perfección.

A la verdad, los conocimientos filosóficos no solamente estan dotados de una perfección intrínseca especial, por ser el producto de trabajos intelectuales de una abstracción cada vez mas completa, de cuyo principio nace la jerarquía de las ciencias; sino que á proporción de su mayor generalidad, contienen á los conocimientos de un orden inferior por su menor generalidad, y les prestan firme apoyo. «Lo mismo que cada generalización científica abarca y consolida las generalizaciones inferiores de su sección, las generalizaciones de la Filosofía abarcan y consolidan todas las generalizaciones científicas.» (2)

Sirviéndonos siempre de las doctrinas del filósofo inglés, examinemos lo que valen para él, en último análi-

(1) Sp. pág. 116, lín. 33.
(2) Pág. 117, lín. 3.